

## **Presentación *Cosmorama***

Sebastián Hernaiz

El “Manifiesto del Ultra”, de 1921, comenzaba con una digresión óptica: “Existen dos estéticas: la estética pasiva de los espejos y la estética activa de los prismas. Guiado por la primera, el arte se transforma en una copia de la objetividad del medio ambiente o de la historia psíquica del individuo. Guiado por la segunda, el arte se redime, hace del mundo su instrumento, y forja —más allá de las cárceles espaciales y temporales— su visión personal”. Una referencia óptica también es la que da nombre a la revista *Cosmorama* (1943-1945), sólo que en lugar de ser un órgano difusor de la vanguardia de los años veinte, fue el espacio donde se nucleó una serie de poetas que, sin acusar pertenencia estética inflexible, participaron en muchos casos en la llamada “generación del 40”. Un “cosmorama” es un “Artificio óptico que sirve para mostrar los objetos mediante una cámara oscura” (RAE); bajo ese nombre se organizó un grupo de poetas que, casualmente, reacciona frente a las vanguardias de los años veinte para recuperar la lógica del “canto” y la “belleza” que, desde su perspectiva, caracterizarían a la práctica poética. El grupo no sólo editó en dos años los nueve números de la revista *Cosmorama* que aquí ponemos a disposición, sino que también organizó lecturas (una “antología oral”, según se difunde en la revista), dio nacimiento a una editorial homónima que publicó a parte del equipo de la revista y hasta tuvo participación sistemática en un programa radial rosarino.

Como ha señalado con documentado detalle Osvaldo Aguirre en uno de los escasos rescates y comentarios que tuvo la revista *Cosmorama*, una característica particular de ésta fue ser “una revista de dos ciudades” (Diario *La Capital*, 11 de julio de 2004). Efectivamente, su consejo de colaboradores y “ordenadores de la revista”, según llaman en la publicación a su equipo de dirección y redacción, funcionó centralmente en Rosario y Buenos Aires, aunque también recibió sistemáticamente colaboraciones de Córdoba, Paraná, Santa Fe, Salta, La Plata y Montevideo, entre otras ciudades argentinas y latinoamericanas. El equipo de “ordenadores” fue mutando de número a número, aunque autores como Ernesto B. Rodríguez -desde Buenos Aires- o Mario Briglia y Nélica Esther Oliva -desde Rosario-, escriben y forman parte del grupo editorial de principio a fin de la revista.

La revista se vendió siempre a 0,40 centavos y rondó las 30 páginas en todos sus números, salvo en el último que se redujo a 22 páginas. En cada número se publicaron poemas y reseñas de los editores, que, junto a algunas notas editoriales, sirven para delinear sus posiciones estéticas. Dentro de los parámetros de esas posiciones, la revista fue plataforma para que también publicaran diversos colaboradores que luego tendrían o ya comenzaban a tener importantes trayectorias en el campo cultural: Juan José Manauta, Juan L. Ortiz, Manuel J. Castilla, José M. Castiñeira de Dios, Horacio Jorge Becco, Joaquín Giannuzzi, Hugo Padeletti y Ulyses Petit de Murat, entre otros. Además, la revista contó con sistemáticas traducciones a cargo del grupo editor o de traductores que colaboraban como Juan L. Ortiz o Alberto Girri. No faltaron en sus páginas ilustraciones, grabados y viñetas, a cargo de artistas plásticos como Spilimbergo, Batlle Planas, Osvaldo Svanancini y Bruno Venier, que fue el autor de la viñeta de portada de la revista.